

DE LA LITERATURA Mme. De STAËL

GF Flammarion, París, 1991, para la presente edición.

Traducción: Ana Cecilia Ojeda Avellaneda¹

Presentación

La traducción de este texto responde a las inquietudes investigativas del grupo de Investigación en Literatura colombiana, de la Maestría en Estudios Semiológicos de la UIS. El grupo desarrolla en este momento un proyecto de investigación sobre Novela Romántica en Colombia para lo que se planteó la necesidad de indagar sobre los orígenes del Romanticismo en general, luego centrará su atención en el Romanticismo en América Latina y particularmente en Colombia. El texto de Mme. De Staël, *De la literatura en sus relaciones con las instituciones sociales*, fue publicado en 1800, en pleno auge del desarrollo de las ideas románticas en Europa; sus planteamientos no sólo se inscriben en el origen de lo que luego se conocerá como la Sociología de la literatura, sino que nos cuestionan y quizá nos ayudan a comprender cuál es el verdadero aporte de la "Literatura" en su más amplia acepción, como lo plantea Mme. De Staël, en una sociedad como la nuestra.

The translation of this text responds to research concerns of the Colombian Literature research group organized by the MA in Semiotic studies at UIS. Such group is currently developing a research project on Romantic Novel in Colombia, in order to carry out the investigation, there was a need for searching on the origins of Romanticism from a general perspective, after this step is done, there will be a focus on Latin American Romanticism, but particularly in Colombia. The text written by Mme de Staël "De la Literature" was published in 1800 in the plenitud of the development of the Romantic ideas in Europe.

Me he propuesto examinar cuál es la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes en la literatura, y cuál es la influencia de la literatura en la religión, las costumbres y las leyes. Existen en la lengua

francesa, sobre el arte de escribir y sobre los principios del gusto, suficientes buenos tratados;² pero me parece que no se han analizado con suficiencia las causas morales y políticas, que modifican el espíritu de la literatura. Me parece que

¹Profesora Escuela de Letras, Universidad Industrial de Santander

²Las obras de Voltaire, las de Marmontel y de la Harpe.

aún no se ha considerado cómo las facultades humanas se han desarrollado gradualmente gracias a obras ilustres, de todo género, que han sido compuestas desde Homero hasta nuestros días.

Traté de dar cuenta de la marcha lenta, pero continua, del espíritu humano en la filosofía, y sus éxitos rápidos, pero interrumpidos, en las artes. Las obras antiguas y modernas que tratan sobre temas de moral, de política o de ciencia, prueban con evidencia los progresos sucesivos del pensamiento, desde que conocemos su historia. No sucede lo mismo con las bellezas poéticas que pertenecen únicamente a la imaginación. Al observar las diferencias características que se encuentran entre los escritos de los italianos, de los ingleses, de los alemanes y de los franceses, creí poder demostrar que las instituciones políticas y religiosas tenían mucho que ver con esas constantes diversidades. Finalmente, al contemplar, tanto las ruinas como las esperanzas que la Revolución Francesa, por así decirlo, confundió, pensé que era necesario conocer cuál era el poder que dicha Revolución había ejercido sobre las luces, y qué efectos podrían resultar un día, si el orden y la libertad, la moral y la independencia republicana fuesen sabia y políticamente combinados.

Antes de ofrecer una visión más detallada del plan de esta obra, es necesario recordar la importancia de la literatura, considerada en su acepción más amplia; es decir, incluyendo en ella los escritos filosóficos y las obras de imaginación, todo lo que finalmente concierne al ejercicio del pensamiento en los escritos, a excepción de las ciencias físicas.

Examinaré primero que todo la literatura de manera general en sus relaciones con la virtud, la gloria, la libertad y la felicidad; y si es imposible desconocer el poder que ejerce sobre esos grandes sentimientos, primeros móviles del hombre, quizá con más vivo interés se unirán a mí para seguir el progreso, y para observar el carácter dominante de los escritores de cada país y de cada siglo.

¿Acaso no puedo convocar a todos los espíritus ilustrados al goce de las meditaciones

filosóficas? Los contemporáneos de una revolución pierden a menudo todo interés por la búsqueda de la verdad. Tantos acontecimientos decididos por la fuerza, tantos crímenes absueltos por sus alcances, tantas virtudes marchitadas por la censura, tantos infortunios insultados por el poder, tantos sentimientos generales convertidos en objeto de burla, tantos viles cálculos hipócritamente comentados; todo fatiga la esperanza de los hombres más fieles al culto de la razón. Sin embargo éstos deben reanimarse al observar en la historia del espíritu humano, que no ha habido ni un pensamiento útil, ni una verdad profunda que no hayan encontrado su siglo y sus admiradores. Sin duda es triste esfuerzo transportar su interés, concentrar su atención, mirando al porvenir, sobre nuestros sucesores, sobre los extranjeros tan alejados de nosotros, sobre los desconocidos, finalmente sobre todos los hombres cuyo recuerdo e imagen no pueden dibujarse en nuestro espíritu. Pero, desafortunadamente, si exceptuamos algunos amigos inalterables, la mayoría de los que recordamos después de diez años de revolución, nos entristecen, ahogan nuestros movimientos, se imponen incluso a nuestro talento, no por su superioridad, sino por la malevolencia que sólo causa dolor a las almas dulces, y sólo hace sufrir a aquellos que no la merecen.

Finalmente elevémonos por sobre el peso de la existencia, no demos a nuestros injustos enemigos, a nuestros amigos ingratos, el triunfo de haber derribado nuestras facultades intelectuales. Ellos incitan a buscar la gloria, a aquellos que se hubiesen contentado con los afectos: pues bien! Es preciso alcanzarla. Esos intentos ambiciosos no remediarán las penas del alma; pero honrarán la vida. Consagrarla a la esperanza siempre equívoca de la felicidad, es hacerla aún más desafortunada. Es mejor consagrar todos sus esfuerzos para descender con alguna nobleza, con alguna reputación, la ruta que conduce de la juventud a la muerte.

De la importancia de la literatura en sus relaciones con la virtud

La perfecta virtud es el ideal más bello del mundo

intelectual. Hay algunas relaciones entre la impresión que ella produce en nosotros y el sentimiento que nos produce todo lo sublime, bien sea en las bellas artes o en la naturaleza física. Las proporciones regulares de las estatuas antiguas, la expresión tranquila y pura de algunos cuadros, la armonía de la música, el aspecto de un hermoso rincón en un campo fecundo, nos llenan de un entusiasmo que no deja de ser análogo a la admiración que inspira el espectáculo de las acciones honestas. Las rarezas, inventadas o naturales, asombran un momento la imaginación; pero el pensamiento sólo se reposa en el orden. Cuando se ha querido dar una idea de la vida futura, se dice que el espíritu del hombre regresará al de su creador: se colorea algo con la emoción que se siente, cuando después de los largos extravíos de las pasiones, se oye de repente esa magnífica lengua de la virtud, del orgullo, de la piedad, y se encuentra todavía el alma completamente sensible.

La literatura toma sus bellezas más durables de la moral más delicada. Los hombres pueden abandonar sus acciones al vicio, pero nunca sus juicios. No está dado a ningún poeta, sea cual fuese su talento, producir un efecto trágico de una situación que admitiría en principio una inmoralidad. La opinión tan vacilante sobre los acontecimientos reales de la vida, toma un carácter de fijación cuando se le presentan para su juicio cuadros de imaginación. La crítica literaria es a menudo un tratado de moral. Los escritores distinguidos, al librarse únicamente al impulso de su talento, descubrirían lo que hay de más heroico en su entrega, de más conmovedor en los sacrificios. Estudiar el arte de conmover a los hombres, es profundizar en el secreto de la virtud.

Las obras maestras de la literatura, independientemente de los ejemplos que presentan, producen una especie de conmoción moral y física, un estremecimiento de admiración que nos dispone a acciones generosas. Los legisladores griegos prestaban gran importancia al efecto que podía producir una música guerrera o voluptuosa. La elocuencia, la poesía, las situaciones dramáticas, los

pensamientos melancólicos actúan también sobre los órganos, aunque estén dirigidos a la reflexión. La virtud se convierte entonces en un impulso involuntario, un movimiento que pasa por la sangre, y nos arrastra irresistiblemente como las pasiones más imperiosas. Hay que lamentar que los escritos que aparecen en nuestros días no exciten más a menudo ese noble entusiasmo. El gusto se forma sin duda por la lectura de todas las obras maestras, ya conocidas, en nuestra literatura; pero nos acostumbramos a ella desde la infancia; cada uno de nosotros es sorprendido, por sus bellezas, en diferentes épocas, y recibe aisladamente la impresión que deben producir. Si asistimos en masa a las primeras representaciones de una tragedia digna de Racine; si leemos a Rousseau, si escucháramos a Cicerón al hacerse oír por primera vez entre nosotros, el interés de la sorpresa y de la curiosidad fijaría la atención en verdades que han sido abandonadas; y el talento dirigiendo como amo y señor a todos los espíritus, devolvería a la moral un poco de lo que de ella ha recibido; restablecería el culto al que debe su inspiración.

Existe tal conexión entre todas las facultades del hombre, que incluso al perfeccionar su gusto en literatura, se influye en el ennoblecimiento de su carácter: uno mismo experimenta impresiones de lenguaje de las que se sirve; las imágenes que éste nos sugiere modifican nuestra disposición. Cada vez que abocado a elegir entre diferentes expresiones, el escritor o el orador decide por aquella que le recuerda la idea más delicada, su espíritu escoge entre esas expresiones, de la misma manera que su alma decidiría la elección de las acciones de su vida; y esta primera costumbre puede conducir a la otra.

El sentimiento de la belleza intelectual, al mismo tiempo que se aplica a los objetos de la literatura, debe inspirar repugnancia por todo lo vil y feroz; y esta aversión involuntaria es garantía casi tan segura como los principios reflexionados.

Nos sentimos avergonzados al justificar el espíritu, pues parece evidente, en una primera percepción, que éste es un gran beneficio. Sin

embargo nos complacemos a veces, por una especie de abuso del espíritu mismo, en mostrar sus inconvenientes. Un equívoco de palabras ha dado alguna apariencia de razón a esa paradoja. El verdadero espíritu no es más que la facultad de bien ver; el sentido común, más que las ideas falsas, tiene que ver sobretodo con el espíritu. A mejor buen sentido, mejor espíritu; el genio, es el buen sentido aplicado a las nuevas ideas. El genio amplía el tesoro del buen sentido; conquista por la razón. Lo que hoy descubre pronto será conocido, puesto que las verdades importantes una vez descubiertas, sorprenden a todo el mundo casi por igual. Los sofismas, las ideas llamadas ingeniosas, aunque falten de justeza, todo lo que diverge finalmente, debe ser considerado únicamente como defecto. El espíritu entonces así asimilado a la razón superior, bajo toda perspectiva, no puede perjudicar más que ésta. Alentar el espíritu en una nación, asignar los empleos públicos a hombres con espíritu, significa hacer prosperar la moral.

Se atribuyen a menudo al espíritu todas las faltas que resultan de no poseer suficiente espíritu. Las reflexiones a medias, las ideas a medias perturban al hombre sin darle claridad. La virtud es a la vez una afección del alma y una verdad demostrada; hay que sentirla o comprenderla. Pero si se razona sobre todo lo que turba el instinto, sin esperar lo que puede suceder, no son las cualidades que poseemos las que nos pierden, son aquellas que nos faltan. A todas las desgracias humanas, busca el remedio más allá. Si se vuelve la mirada al cielo, los pensamientos se ennoblecen: Es al elevarse que se encuentra el aire más puro, la luz más centelleante. Incita finalmente al hombre a todos los géneros de superioridad, ellos servirán al perfeccionamiento de su moral. Los grandes talentos obtienen los aplausos, y una benevolencia que eleva a la tranquilidad el alma de los que la poseen. Ved a los hombres crueles; están, en su mayoría, desprovistos de facultades distinguidas. El mismo azar ha marcado su rostro con algunas desventajas repugnantes; se vengan socialmente, de lo que la naturaleza les ha negado. Confío sin temor en los

que deben estar contentos con su suerte, en los que pueden, de alguna manera, merecer los sufragios de los hombres. Pero aquel que no supiese obtener de sus semejantes ningún testimonio de aprobación voluntaria, ¿qué interés podría tener en la conservación de la raza humana?. Aquel que el universo admira necesita del universo.

Se ha dicho a menudo, que los historiadores, los autores cómicos, todos aquellos que han estudiado a los hombres para pintarlos se harían indiferentes al bien y al mal. Cierta conocimiento de los hombres puede producir tal efecto; un conocimiento más profundo conduce al resultado contrario. Aquel que dibuja a los hombres como Saint-Simon o Duclos, sólo agrega a la ligereza de sus opiniones y de sus costumbres; pero aquel que les juzgara como Tácito, sería necesariamente útil a su siglo. El arte de observar los caracteres, de explicar los motivos, de hacer resaltar los colores, tiene tanto poder sobre la opinión, que en todo país en el que la libertad de prensa se ha establecido, ningún hombre público, ningún hombre conocido resistiría al desprecio, si el talento lo infligiera. ¡Cuántas sutiles formas de indignación; el odio del crimen no ha hecho descubrir a la elocuencia! ¡Cuánto poder vengador de todos los sentimientos generosos! Nada puede igualar la impresión que hacen sentir ciertos movimientos del alma o los retratos audazmente trazados. Los retratos del vicio dejan un recuerdo imborrable, cuando son la obra de un escritor profundamente observador. Éste analiza sentimientos íntimos, detalles desapercibidos; y a menudo una expresión enérgica caracteriza la vida de un hombre culpable, y forma uno con él en el juicio del público. Este oprobio impreso a las acciones por el arte de pintarlas es por lo demás una utilidad moral del talento literario.³

Me falta hablar de la objeción que puede

³Sin duda se podría oponer a la utilidad que se puede esperar de la publicidad de lo verdadero, los repugnantes escritos difamatorios que han mancillado a Francia; pero sólo he querido hablar de los servicios que deben esperarse del talento; y el talento teme envilecerse con la mentira: Teme confundir todo, puesto que perdería su rango entre los hombres: Siempre lo que da seguridad, es la superioridad; y a lo que hay que temer es a todos los defectos que conllevan la pobreza del espíritu o del alma.

surgir de las obras en que se han descrito con talento costumbres condenables. Sin duda, tales escritos podrían perjudicar la moral, si produjesen una profunda impresión; pero sólo dejan una ligera huella, y los sentimientos verdaderos las borran con facilidad. Las obras ligeras son, en general, un simple relajamiento del espíritu de las que se conservan muy pocos recuerdos. La naturaleza humana es seria, y en el silencio de la meditación, sólo se buscan los escritos razonables o sensibles. Es solamente en este género que la gloria literaria ha sido adquirida, y que se puede reconocer su verdadera influencia.

¿Se podría decir que la carrera de las letras desvía al hombre, tanto de sus deberes domésticos, como de los servicios políticos que podría ofrecer a su país? No tenemos ya ejemplos de esas repúblicas que asignaban a cada ciudadano su parte de influencia en la suerte de la patria; estamos aún más lejos de esta vida patriarcal que concentraba todos los sentimientos en el interior de su familia. En el estado actual de Europa los progresos de la literatura deben servir para el desarrollo de todas las ideas generosas. Lo que situaríamos en lugar de esos progresos, no serían ni las virtudes públicas, ni los afectos privados, sino los más ávidos cálculos del egoísmo o de la vanidad.

La mayoría de los hombres, asustados por las terribles vicisitudes que los acontecimientos políticos nos han ofrecido como ejemplo, han perdido ahora todo interés en el perfeccionamiento de sí mismos, y están demasiado afectados por el poder del asar para creer en el ascendente de las facultades intelectuales. Si los franceses buscasen obtener nuevamente éxitos en la carrera literaria y filosófica, esto significaría un primer paso hacia la moral; el placer mismo causado por los éxitos del amor propio, estrecharía algunos lazos entre los hombres. Saldríamos gradualmente del más horrible período del espíritu público, el egoísmo del estado de naturaleza combinada con la activa multiplicidad de los intereses de la sociedad, la corrupción sin cortesía, la grosería sin franqueza, la civilización sin luces, la ignorancia sin entusiasmo; finalmente

saldríamos de esta especie de desilusión, enfermedad de algunos hombres superiores cuyos espíritus limitados se creen alcanzados, mientras que, al ocuparse de ellos mismos, se sienten indiferentes a las desgracias de los otros.

De la literatura en sus relaciones con la gloria

Si la literatura puede servir útilmente a la moral, influye también poderosamente por ese mismo hecho sobre la gloria; puesto que no habría gloria durable en un país en el que no existiese moral pública. Si la nación no adoptase los principios invariables como base de su opinión, si cada individuo no fuese fortalecido en su juicio con la certeza de que éste coincide con el asentimiento universal, las reputaciones brillantes no serían sino accidentes que se suceden por asar. El brillo de algunas acciones podría perturbar; pero es necesaria una progresión en los sentimientos para llegar a lo más sublime de todo, la admiración. Sólo podemos juzgar comparando. La estima, la aprobación, el respeto, son grados necesarios al poder del entusiasmo. La moral fija los fundamentos sobre los que la gloria puede erigirse, y la literatura, independientemente de su alianza con la moral, contribuye aún, de una manera más directa, con la existencia de esta gloria, noble aliento de todas las virtudes públicas.

El amor por la patria es un afecto puramente social. El hombre, creado por la naturaleza para las relaciones domésticas, sólo lleva su ambición más allá, por la irresistible atracción de la estima general; y es en esta estima, formada por la opinión, que el talento para escribir tiene la mayor influencia. En Atenas, en Roma, en las ciudades dominantes del mundo civilizado, al hablar en la plaza pública, se disponía de las voluntades de un pueblo y de la suerte de todos; hoy en día, es a través de la lectura que los acontecimientos se preparan y que los juicios se esclarecen. ¿Qué sería de una nación numerosa, si los individuos que la componen no se comunicaran entre ellos con ayuda de la imprenta? La asociación silenciosa de una multitud de hombres

no establecería ningún punto de contacto cuya luz pudiese brotar, y la masa no se enriquecería nunca con los pensamientos de los hombres superiores.

Puesto que la especie humana siempre se renueva, un individuo sólo puede hacer el vacío en la opinión; y para que esta opinión exista, se necesita un medio para escucharse a distancia, para reunirse por las ideas y por los sentimientos generalmente aprobados. Los poetas, los moralistas caracterizan de entrada la naturaleza de las bellas acciones; el estudio de las letras pone a una nación en capacidad de recompensar a sus grandes hombres, al instruírlos para juzgarlos según su valor relativo. La gloria militar ha existido en los pueblos bárbaros. Pero nunca hay que comparar la ignorancia con la degradación; un pueblo que ha sido civilizado por las luces, si se vuelve indiferente hacia el talento y la filosofía, se torna incapaz de toda especie de sentimiento vivo; le queda una suerte de espíritu de denigración, que lo conduce a todo azar a rechazar la admiración. Teme equivocarse en las alabanzas, y cree como la gente joven que pretende a la buena imagen, que se hace más honor criticando incluso con injusticia, que aprobando muy fácilmente. Un pueblo así está entonces en una disposición casi siempre despreocupada; el frío de la edad parece alcanzar a la nación entera: se sabe lo suficiente para no ser sorprendido; no se ha adquirido suficiente conocimiento para desenredar con certeza lo que merece la estima; muchas ilusiones son destruidas, sin que ninguna verdad se establezca; hemos vuelto a la infancia por la vejez, a la incertidumbre por el razonamiento; el interés mutuo no existe ya: nos encontramos en ese estado que Dante llamaba *el infierno de los tibios*. El que busca distinguirse inspira ante todo una prevención desfavorable; el público enfermo está fatigado desde el comienzo para quien quiera aún obtener signo de él.

Cuando una nación adquiere cada día nuevas luces, ama a los grandes hombres, como sus precursores en la ruta que debe recorrer; pero cuando se siente retroceder, el pequeño número de espíritus superiores que escapan a su decadencia, le parecen, por así decir, enriquecidos por sus despojos. No

tiene ya interés común con sus logros; éstos sólo le despiertan el sentimiento de la envidia.

La diseminación de las ideas y del conocimiento que han producido en los europeos la abolición de la esclavitud y el descubrimiento de la imprenta, esta diseminación debe llevar o a progresos sin fin o al envilecimiento completo de las sociedades. Si el análisis se remite hasta el verdadero principio de las instituciones, dará un nuevo grado de fuerza a las verdades que habrá conservado; pero este análisis superficial, que descompone las primeras ideas que se presentan, sin examinar el objeto entero, este análisis debilita necesariamente el móvil de las opiniones fuertes. En medio de una nación indecisa y desencantada, la admiración profunda sería imposible; e incluso los éxitos militares no podrían obtener una reputación inmortal, si las ideas literarias y filosóficas no hiciesen capaces a los hombres de sentir y consagrar la gloria de los héroes.

No es cierto que un gran hombre tenga más brillo, siendo únicamente célebre, que estando rodeado de nombres famosos que le ceden su celebridad. Se ha dicho en política que un rey no podía subsistir sin nobleza o sin feudo; en la corte de la opinión, las gradaciones de rango deben también garantizar la supremacía. ¿Qué es un conquistador que opone bárbaros a bárbaros en la noche de la ignorancia? César es famoso en la historia porque decidió el destino de Roma, y porque en Roma estaban Cicerón, Salustio, Catón, tantos talentos y virtudes que subyugaban la espada de un solo hombre. Detrás de Alejandro se erigía todavía la sombra de Grecia. Es necesario, para el brillo mismo de los guerreros ilustres, que el país que someten sea enriquecido por todos los dones del espíritu humano. No sé si el poder del pensamiento deba destruir un día el flagelo de la guerra; pero antes de ese día, es aún ella, la elocuencia y la imaginación, la filosofía misma que revelan la importancia de las acciones guerreras. Si dejamos que todo se pierda, que todo se envilezca, la fuerza podrá dominar; pero ningún brillo verdadero la circundará; la pérdida de la emulación degradaría

mil veces más a los hombres, que los furores celosos de los que la gloria era objeto.

De la literatura en sus relaciones con la libertad

La libertad, la virtud, la gloria, las luces, ese cortejo imponente del hombre en su dignidad natural, esas ideas aliadas entre ellas y cuyo origen es el mismo, no podrían existir aisladamente. El complemento de cada una está en la reunión de todas. Las almas que se complacen con relacionar el destino del hombre con un pensamiento divino, ven en este conjunto, en esta relación íntima entre todo lo que es bien, una prueba más de la unidad moral, de la unidad de concepción que dirige este universo.

Los progresos de la literatura, es decir el perfeccionamiento del arte de pensar y de expresarse, son necesarios para el establecimiento y para la conservación de la libertad. Es evidente que las luces son tanto más indispensables en un país en cuanto que todos los ciudadanos que lo habitan formen parte más inmediata en la acción del gobierno. Pero lo que también es cierto es que la igualdad política, principio inherente a toda constitución filosófica, no puede subsistir, sino cuando se clasifican las diferencias de educación, con más cuidado del que el feudalismo pondría en sus distinciones arbitrarias. La pureza del lenguaje, la nobleza de las expresiones, imágenes de la altivez del alma son necesarias sobre todo en un estado fundado en las bases democráticas. Por lo demás, ciertas barreras ficticias impiden la confusión total de las diversas educaciones; pero cuando el poder sólo reposa en la suposición del mérito personal, ¡cuán alto interés debe ponerse en conservar a ese mérito todos sus caracteres exteriores!

En un estado democrático, hay que temer siempre que el deseo de la popularidad no lleve a la imitación de costumbres vulgares; pronto nos daríamos cuenta que es inútil, y casi nocivo, tener una superioridad muy marcada sobre la multitud que se quiere cautivar. El pueblo se acostumbraría a elegir magistrados ignorantes y burdos; esos

magistrados ahogarían las luces; y, por un círculo inevitable, la pérdida de las luces conduciría a la esclavitud del pueblo.

Es imposible que, en un estado libre, la autoridad pública ignore el consentimiento verdadero de los ciudadanos que gobierna. El razonamiento y la elocuencia son los lazos naturales de una asociación republicana. ¿Qué poder se tendría sobre la voluntad libre de los hombres, si no se tiene esa fuerza, esa verdad de lenguaje que penetra las almas, y les inspira lo que expresa? Si los hombres llamados a dirigir el estado no poseen ya el secreto para persuadir los espíritus, la nación no se instruye, y los individuos conservan, sobre todos los asuntos públicos, la opinión que el asar ha hecho nacer en su cabeza. Uno de los principales motivos para lamentar la elocuencia, es que tal pérdida aislaría a los hombres entre ellos, al librarlos únicamente a sus impresiones personales. Hay que oprimir cuando no se sabe convencer; en todas las relaciones políticas de los gobernantes y de los gobernados, una cualidad menos, conlleva una usurpación más.

Las nuevas instituciones deben formar un espíritu nuevo en los países que queremos hacer libres. ¿Pero cómo fundar algo en la opinión, sin la ayuda de los escritores distinguidos? Hay que hacer nacer el deseo a cambio de exigir obediencia; y cuando incluso con razón el gobierno desea que tales instituciones se establezcan, debe tener suficiente cuidado con la opinión pública dando así la impresión de acordar lo que desea. Solamente los escritos bien contruidos pueden a la larga dirigir y modificar ciertas costumbres nacionales. El hombre tiene, en el secreto de su pensamiento, un asilo de libertad impenetrable a la acción de la fuerza; los conquistadores a menudo han asumido las costumbres de los vencidos: sólo la convicción ha cambiado las viejas costumbres. Es con el progreso de la literatura que se pueden combatir eficazmente los viejos prejuicios. Los gobiernos, en los países que han logrado su libertad, necesitan, para destruir los antiguos errores, del ridículo que aleja a la juventud, de la convicción que se desprende de la edad madura; necesitan para fundar nuevos

establecimientos, excitar la curiosidad, la esperanza, el entusiasmo, finalmente los sentimientos creadores, que han dado nacimiento a todo lo que existe, a todo lo que permanece; y es en el arte de hablar y de escribir que se encuentran los únicos medios para inspirar esos sentimientos.

La actividad necesaria a todas las naciones libres, se ejerce por el espíritu de facción, si el crecimiento de las luces no es objeto del interés universal, si esta ocupación no presenta una carrera abierta a todos, que pueda excitar la ambición general. Es necesario por lo demás un estudio constante de la historia y de la filosofía, para profundizar y para expandir el conocimiento de los derechos y de los deberes de los pueblos, y de sus magistrados. La razón no sirve en los imperios despóticos, sino a la resignación individual; pero, en los estados libres, protege el reposo y la libertad de todos.

Entre los diversos desarrollos del espíritu humano, a la literatura filosófica, a la elocuencia y al razonamiento los considero como la verdadera garantía de la libertad. Las ciencias y las artes son parte importante de los trabajos intelectuales; pero sus descubrimientos, sus éxitos no ejercen ya una influencia inmediata en esta opinión pública que decide el destino de las naciones. Los geómetras, los físicos, los pintores y los poetas recibirían reconocimientos bajo el reino de reyes todopoderosos, mientras que la filosofía política y religiosa parecería a tales maestros la más temible de las insurrecciones.

Los que se libran al estudio de ciencias positivas, no encuentran ya en su ruta las pasiones de los hombres, se acostumbran a contar únicamente con aquello que es susceptible de una demostración matemática. Lo que no puede ser sometido a la lógica del cálculo, los sabios lo clasifican siempre entre las ilusiones. Evalúan primero la fuerza del gobierno, sea cual fuere; y como no tienen deseo diferente al de librarse en paz a la actividad de sus trabajos, son llevados a la obediencia frente a la autoridad que domina. La meditación profunda que exigen las combinaciones de las ciencias exactas,

desvía a los sabios del interés por los acontecimientos de la vida; y nada conviene tanto a los monarcas absolutos que el hecho de que los hombres tan profundamente ocupados de las leyes físicas del mundo, abandonen el orden moral a quien quiera manejarlo. Sin duda los descubrimientos de las ciencias deben finalmente dar nueva fuerza a esta alta filosofía⁴ que juzga a los pueblos y a los reyes; pero este porvenir alejado no asusta a los tiranos: se ha visto a varios proteger las ciencias y las artes; todos han temido como enemigos naturales de la protección misma, a los pensadores y a los filósofos.

La poesía es de todas las artes la que pertenece de más cerca a la razón. Sin embargo la poesía no admite ni el análisis, ni el examen que sirven para descubrir y para propagar las ideas filosóficas. Aquel que quisiera enunciar una verdad nueva y audaz, escribiría de preferencia en la lengua que entrega con exactitud y precisión el pensamiento; buscaría más bien convencer por el

⁴Me han preguntado qué definición doy a la palabra filosofía de la que varias veces me he servido en el curso de esta obra. Antes de responder a esta pregunta séame permitido transcribir aquí una nota de Rousseau, en el segundo libro de su Emilio.

He reflexionado mil veces al escribir, que es imposible en una extensa obra, dar siempre el mismo sentido a las mismas palabras. No hay lengua suficientemente rica para ofrecer tantos términos, connotaciones y frases como nuestras ideas puedan tener modificaciones. El método de definir todos esos términos, y de sustituir siempre la definición en el lugar de lo definido, es bello, pero impracticable: puesto que cómo evitar el círculo?. Las definiciones podrían ser buenas, si no se emplearan palabras para construirlas. A pesar de eso, estoy persuadido que se puede ser claro, incluso en la pobreza de nuestra lengua, no dando siempre las mismas acepciones a las mismas palabras, sino intentando, tantas veces cuantas se emplee una palabra, que la acepción que se le dé esté suficientemente determinada por las ideas que se quieren expresar, y que cada periodo en el que esa palabra se encuentra, le sirva, por así decirlo, de definición. (La traducción es nuestra).

Después de haber citado esta opinión de un gran maestro contra las definiciones, diré que no doy nunca a la palabra filosofía, en el curso de esta obra, el sentido que sus detractores han querido darle en nuestros días, sea oponiendo la filosofía a las ideas religiosas, sea llamando filosofía a sistemas puramente sofisticos. Entiendo por filosofía el conocimiento general de las causas y de los efectos en el orden moral o en la naturaleza física, la independencia de la razón, el ejercicio del pensamiento; finalmente, en la literatura, las obras que proponen la reflexión y el análisis, y que no son únicamente producto de la imaginación, del corazón o del espíritu.

razonamiento que atraer por la imaginación. La poesía a menudo ha sido consagrada a alabar y no a censurar el poder despótico. Las bellas artes en general, pueden algunas veces contribuir, por sus gozos mismos, a formar sujetos tal y como los tiranos los desean. Las artes pueden distraer el espíritu con el placer de cada día, de todo pensamiento dominante; llevan a los hombres hacia las sensaciones, e inspiran al alma una filosofía voluptuosa, una despreocupación razonada, un amor del presente, un olvido del futuro muy favorable a la tiranía. Por un singular contraste, las artes, que hacen amar la vida, vuelven indiferente ante la muerte. Las solas pasiones nos apegan fuertemente a la existencia, por la ardiente voluntad de alcanzar su objetivo; pero esta vida consagrada al placer, divierte sin cautivar; prepara a la ebriedad, al sueño, a la muerte. En los tiempos tan famosos por las proscripciones sanguinarias, los romanos y los franceses, se libraban a los divertimientos públicos con el más vivo furor; mientras que en las repúblicas felices, las afecciones domésticas, las ocupaciones serias, el amor a la gloria, desvían a menudo el espíritu de los goces mismos de las bellas artes. El único poder literario que hace temblar a todas las autoridades injustas, es la elocuencia generosa, es la filosofía independiente; ellas juzgan en el tribunal del pensamiento a todas las instituciones y a todas las opiniones humanas.

La demasiada influencia del espíritu militar, es también un inminente peligro para los estados libres; y no se puede prevenir tal peligro sino con los progresos de las luces y del espíritu filosófico. Lo que permite a los guerreros despreciar a los hombres de letras, es que sus talentos no están reunidos en la fuerza y en la verdad del carácter. Pero el arte de escribir sería también un arma, la palabra sería también una acción, si la energía del alma se dibujara toda entera, si los sentimientos se pusieran a la altura de las ideas, y si la tiranía se viese así atacada por todo el que la condena, la indignación generosa y la razón inflexible. La consideración entonces no estaría exclusivamente relacionada con las proezas militares; lo que

necesariamente expone la libertad.

La disciplina destierra toda especie de opinión entre las tropas. En este sentido, su espíritu de cuerpo tiene algunas relaciones con el de los sacerdotes; excluye de la misma manera el razonamiento, admitiendo como única regla la voluntad de los superiores. El ejercicio continuo todopoderoso de las armas termina por inspirar desprecio por los progresos lentos de la persuasión. El entusiasmo que inspiran los generales vencedores, es completamente independiente de la justicia de la causa que sostienen. Lo que perturba la imaginación es la decisión de la fortuna, el éxito del valor. Al ganar batallas se puede someter al enemigo de la libertad; pero para hacer adoptar en su interior los principios de esta libertad misma, es necesario que el espíritu militar desaparezca; es preciso que el pensamiento, junto a las cualidades guerreras, a la valentía, al ardor, a la decisión, haga nacer en el alma de los hombres algo espontáneo, voluntario, que se apaga en ellos cuando han visto durante mucho tiempo el triunfo de la fuerza.

El espíritu militar es el mismo en todos los siglos y en todos los países; no caracteriza a la nación, no ata al pueblo a tal o cual institución. Está igualmente dispuesto para defenderlas a todas. La elocuencia, el amor por las letras y por las bellas artes, la filosofía, son las únicas que pueden hacer de un territorio una patria, dan a la nación que la habita los mismos gustos, las mismas costumbres y los mismos sentimientos. La fuerza desconoce el tiempo, y destroza la voluntad; pero por ello mismo no puede fundar nada entre los hombres. Se ha repetido a menudo en la revolución de Francia, que era necesario el despotismo para establecer la libertad. Se ha atado con palabras un contrasentido con el que se ha elaborado una frase; pero esta frase nada cambia a la verdad de las cosas. Las instituciones establecidas por la fuerza, imitarían todo de la libertad, excepto su movimiento natural; las formas allí serían como en esos modelos que nos horrorizan por su parecido: encontramos todo, fuera la vida.

De la literatura en sus relaciones con la felicidad

La idea de la felicidad se ha perdido casi de vista en medio de los esfuerzos que parecen primero que todo tenerla por objeto; y el egoísmo, al arrebatarse a cada uno el auxilio de los otros, ha disminuido bastante la parte de felicidad que el orden social prometía a todos. Vanamente las almas sensibles querrían ejercer alrededor de ellas su expansiva benevolencia; insuperables dificultades obstaculizarían ese generoso designio: la opinión misma lo condenaría; ella censura a los que buscan salir de esa esfera de personalidad que cada uno quiere conservar como su asilo inviolable. Hay entonces que existir solo, puesto que es prohibido auxiliar la desgracia y que por lo demás ya no se puede volver a encontrar el afecto. Hay que existir solo, para conservar en su pensamiento el modelo de todo lo que es grande y bello, para guardar en su seno el fuego sagrado de un entusiasmo verdadero, y la imagen de la virtud, tal como la meditación libre nos la representará siempre, y tal como nos la han pintado los hombres distinguidos de todos los tiempos. ¿Qué sería de nosotros en un mundo en el que nunca escucháramos hablar el lenguaje de los sentimientos buenos y generosos? Arrastraríamos la emoción en medio de seres egoístas, la razón imparcial lucharía en vano contra los sofismas del vicio y la grave piedad estaría continuamente librada a todos los desdenes de la frivolidad cruel. Terminaríamos quizá perdiendo hasta la estima de sí mismos.

El hombre necesita apoyarse en la opinión del hombre; no se atreve a confiar enteramente en el sentimiento de su conciencia; se acusa de locura si no ve nada que se le asemeje. Tanta es la debilidad de la naturaleza humana, tanta su dependencia de la sociedad, que el hombre podría casi arrepentirse de sus cualidades como si fuesen defectos involuntarios si la opinión general estuviese de acuerdo en censurarlos: Pero recurre en su inquietud a esos libros, monumentos de los mejores y más nobles sentimientos de todos los tiempos: las vidas de Plutarco, una carta de Brutus a Cicerón, las

palabras de Catón de Utica en la lengua de Addison, las reflexiones que el odio de la tiranía inspiraba en Tácito. Si ama la libertad, si este nombre de república tan poderoso para las almas orgullosas, se une en su pensamiento a la imagen de todas las virtudes, los sentimientos recogidos por los historiadores y los poetas le ennoblecerían el alma que los acontecimientos contemporáneos han marchitado. Un carácter noble se torna satisfecho de sí mismo, si se encuentra en armonía con esos nobles sentimientos; con las virtudes que la misma imaginación ha elegido cuando ha querido imponer un modelo a todos los siglos. ¡Cuánto consuelo nos es dado por los escritores de talento superior y de alma noble! Los grandes hombres de la antigüedad tardía, sólo acudían a ellos mismos, si eran calumniados durante su vida; pero, para nosotros, es el *Fedón* de Sócrates, son las más bellas obras maestras de la elocuencia las que reconfortan el alma en las dificultades. Los filósofos de todos los países nos exhortan y alientan y el lenguaje penetrante de la moral y del conocimiento íntimo del corazón humano parece dirigirse personalmente a quienes él consuela.

—Cuán humano, cuán útil es dar a la literatura, al arte de pensar, gran importancia! Aquello que es bueno y justo no se aniquilaría ya; el hombre que la naturaleza destina a la virtud no quedaría sin guía; finalmente (y ese bien es infinito) el dolor podrá sufrir un enternecimiento saludable. De esta tristeza árida que nace del aislamiento, de esta mano helada que nos impone la desgracia, cuando creemos no despertar ninguna piedad, estamos preservados por los escritos conservadores de las ideas, de los afectos virtuosos. Esos escritos hacen deslizar lágrimas en todas las situaciones de la vida; guían el alma hacia meditaciones generales que desvían el pensamiento de las penas individuales; crean para nosotros una sociedad, una comunicación con los escritores que ya no están, con aquellos que todavía existen, con los hombres que admiramos, como nosotros, lo que leemos. En los desiertos del exilio, en el fondo de las prisiones, en vísperas del peligro, las páginas de un autor sensible

quizá han animado a un alma derribada: yo que las leo, a mí, a quien ellas conmueven, creo encontrar aún las huellas de algunas lágrimas; y por emociones parecidas, me relaciono de alguna manera con aquellos cuyo destino compadezco profundamente. En la tranquilidad, en la felicidad, la vida es trabajo fácil; pero no sabemos cuánto, en el infortunio, de ciertos pensamientos, de ciertos sentimientos que han despedazado nuestro corazón, queda en la historia de nuestras impresiones solitarias. Lo único que puede calmar el dolor, es la posibilidad de llorar su destino, de asumir esta especie de interés que hace de nosotros dos seres, por así decirlo, separados, uno de los cuales siente piedad por el otro. Esta fuente de desgracia sólo pertenece al hombre virtuoso. En tanto el criminal experimenta la adversidad, no puede hacerse ningún bien a sí mismo con sus propias reflexiones; en tanto un verdadero arrepentimiento no lo lleve a una disposición moral, mientras conserve la aspereza del crimen, sufre con crueldad: ninguna palabra tierna puede hacerse escuchar en los abismos de su corazón. El desafortunado, que con el concurso de algunas calumnias propagadas, es acusado generalmente de inmediato, estaría casi en la situación de un verdadero culpable, si no encontrase

algún auxilio en aquellos escritos que lo ayudan a reconocerse, que le hacen creer en sus semejantes, y le dan la seguridad que en algún lugar de la tierra, han existido seres que se enternecerían por él, y lo compadecerían con afecto, si pudiera dirigirse a ellos.

Cuán preciosas son esas líneas siempre vivas que sirven aún de amigas, de opinión pública y de patria! En este siglo en el que tantas desgracias han caído sobre la especie humana, ojalá pudiéramos poseer a un escritor que recoja con talento todas las reflexiones melancólicas, todos los esfuerzos razonados que de algo han servido a los desafortunados en su carrera: entonces por lo menos nuestras lágrimas serían fecundas!

El viajero a quien la tempestad hizo naufragar en playas deshabitadas, graba en la roca el nombre de los alimentos que descubre, indica dónde están los recursos que empleó contra la muerte, con el fin de ser útil algún día a aquellos que sufrirán el mismo destino. Nosotros, a quienes el azar de la vida ha lanzado en la época de una revolución, debemos a las generaciones futuras el conocimiento íntimo de esos secretos del alma, de esos consuelos inesperados, de los que la naturaleza conservadora se ha servido para ayudarnos a atravesar la existencia.